El Pago

Stefan Aguilera

Capítulo 1

La tercera noche, esperaba que escapar de él no se volviera mi rutina.

La sombra del hombre se proyectaba sobre la acera, recortaba la luz y su longitud no se acercaba a la de la fuente. Él se removió, no podía verlo desde la ventana pero su sombra lo delataba, él también sabía eso. No se molestaba en que lo viera, pronto no importaría.

Llevaba la capucha echada sobre la cabeza como las dos noches anteriores y estaba exactamente en el mismo lugar, en la misma posición y con las mismas intenciones.

Observé el reloj colgado en la pared, pronto empezaría mi turno en el trabajo. Volví la vista a la ventana, la sombra había desaparecido pero estaba seguro de que el hombre no.

Un tañido recorrió mi columna hasta erizarme los vellos de la nuca, el reloj marcaba la media noche.

Llegaría tarde, debía caminar varias cuadras pero no pensaba salir. El trabajo, me llevó meses conseguirlo y me despedirían pronto, supongo. ¿Qué haría?

El insoportable e incesante repiqueteo de la consciencia percutió exasperantemente en mi frente, insistente. No puedo faltar, no soy así. Decidí ir esta noche por última vez, renunciaría formalmente y si fuera necesario explicaría mis razones.

Llegaría varios minutos tarde, eché una última mirada por la ventana, no había nada. Suspiré ruidosamente y giré el pomo de la puerta, lo estiré hacia mí y la puerta cedió lentamente con un rechinar. El farol en esa esquina no funcionaba desde varios meses atrás, las solicitudes de reparación habían sido en vano, así como lo serían mis súplicas a la policía local para que investigaran al hombre de la capucha.

Luego de cerrar la puerta con llave bajé cinco escalones hasta la acera. Giré la cabeza y observé la esquina en la que la sombra había estado plasmada sobre el concreto, la acera estaba iluminada por la luz del farol de la otra esquina por lo que el margen de la calzada frente a mi diminuto departamento estaba oculto en la oscuridad. Las demás casas también estaban a oscuras, las cortinas echadas y las puertas cerradas a cal y canto.

Caminé a paso rápido evitando pisar sobre las líneas horizontales que

separaban los bloques de concreto por costumbre.

Llegué a la primera esquina y repentinamente una luz brillante me hizo volverme aterrado hacia la casa que estaba a mi derecha, alguien había encendido las luces.

Murmuré algunas cosas por lo bajo y seguí caminando, mi corazón latía cada vez con más fuerza y el intervalo entre cada latido disminuía a cada paso. Respiraba realizando un gran esfuerzo y el aire sucio y ácido de la ciudad raspaba su camino hasta mis pulmones. Tosí y llevé rápidamente una mano para tapar mi boca y evitar realizar mucho ruido.

El hombre encapuchado no había aparecido aún, posiblemente estuviera oculto, esperando de nuevo en la esquina donde se encontraba la cafetería para seguirme. Las dos veces anteriores esa sensación extraña que aparece cuando alguien te observa detenidamente o te está siguiendo me había advertido que alguien estaba detrás de mí. Me había dado vuelta y allí había estado, la capucha sumía su rostro en una oscuridad impenetrable pero pude sentir sus helados ojos escrutándome, analizando cada una de mis facciones.

Seguí caminando intentando pensar en otra cosa, mi mente comenzó a divagar en los recuerdos de años anteriores, años en los que había sido feliz, años en los que mis padres seguían vivos y yo aún tenía amigos.

El sol al salir, me decía que el trabajo había terminado y que me quedaba medio día para dormir y disfrutar. La lluvia lavaba los pesares y eliminaba las manchas del dolor. Personas que aún poseen humanidad, niños con la vida por delante y ancianos que dejaron años detrás. Aún quedaban cosas por las que vivir.

Mis pensamientos comenzaron a vagar inevitablemente por los años más cercanos, de dolor y desesperación.

Extrañaba a mis padres y mi sed de vengar su muerte seguía oculto en mis entrañas. Fue un caso sin resolver como la mayoría en esa ciudad, una ciudad donde los encargados de hacer justicia estaban muy ocupados cumpliendo sus caprichos y aprovechándose de los que no tenemos influencia en su mundo.

Tal vez eso cambiara algún día, algún día se haría verdadera justicia y cada uno pagaría las consecuencias de sus actos.

No tenía idea de cuántas cuadras ya había caminado, cuando llegué a la cafetería sabía que aún faltaban cinco. La cafetería, las tenues luces iluminaban el local y al dependiente que intentaba reprimir un bostezo en ese momento. Levanté la mano a modo de saludo pero no me vio, limpiaba una mesa con un trapo deshilachado y tiraba los vasos

desechables en un basurero que hacía recorrer por donde iba empujándolo con el pie derecho.

Miré al frente y no vi que alguien había salido del local, tropecé con él y luego de lanzar algunas maldiciones el hombre siguió caminando sacudiéndose la camisa. No era el hombre encapuchado. Intenté disculparme pero con un ademán de las manos desapareció en la esquina.

Permanecí allí algunos segundos. Mi turno acabaría y no llegaría aún si no apuraba mis pasos. Hacía frío y descubrí que no me había puesto mi chaqueta, la había dejado colgada por la pared al lado izquierdo del pasillo en la entrada. Suspiré y abrazando mis codos continué andando las últimas cuadras que me quedaban. Ya solo eran cuatro, el hombre no había aparecido y ni siquiera vi su sombra desapareciendo en un callejón.

De pronto mis pulmones se encogieron y sentí una opresión en el pecho, el vello de la nuca se me erizó y mis mejillas comenzaron a perder el color. Estaba allí, cerca.

Me giré y vi una figura oscura a varios metros caminando sobre la acera, se balanceaba lentamente mientras situaba un pie delante del otro. Cuando llegó al lugar iluminado por el haz de luz de la cafetería sus zapatos cobraron el color del barro, luego sus pantalones un color blanco lechoso. No era el hombre.

Me giré aliviado, pero ésta vez comencé a trotar lentamente. Tres cuadras.

Repentinamente de un lugar que no pude definir una mano apareció, apresó mi pie con una fuerza increíble y comenzó a temblar. Caí al suelo y caí sobre mi hombro izquierdo, una oleada de dolor recorrió todo mi brazo y parte de mi cabeza. Sacudí la pierna pero la mano no disminuyó el agarre. Intenté decir algo pero mis palabras no pudieron salir cuando un rostro demacrado salió de entre las sombras a la altura del suelo.

—Hoy no ha venido a buscarte —siseó el mendigo. Lancé un chillido ahogado y estiré la pierna con más fuerza pero no pude desasirme. El hombre lanzó una carcajada y agregó—: Sabes bien lo que quiere, ¿no es verdad? —Soltó mi pierna y volvió a ocultarse en las sombras—. No me recuerdas —murmuró—, fue hace mucho tiempo —tosió antes de volver a hablar—: Tu autoestima está por el suelo, deberías levantar la mirada. Literalmente.

¿De qué hablaba? No entendí nada de lo que había dicho. En ese momento me di cuenta de a qué se refería. Miré hacia arriba y allí estaba, su contorno contrastaba con el pálido brillo de la luna, el lugar donde mi

niñez estaba escrita.

Siempre había evitado mirar esa casa, luego de muchos años no volví a sentir el aura de muerte que irradiaba y olvidé que existía a pesar de que los recuerdos seguían intactos. Esa noche en la que mis lágrimas se habían mezclado con sangre.

— ¿Cómo sabes todo eso? ¿Quién eres? —pregunté con un hilillo de voz. No hubo respuesta.

Estiré la pierna hasta que golpeó la madera que envolvía la pared de la casa donde vivieron mis padres, recordaba cada milímetro de los tallados ornamentales de la puerta y la felicidad que había reinado allí antes de la tragedia.

El mendigo desapareció, no estaba allí. Por un momento me pregunté si había sido solo un producto de mi imaginación. Al retirar mi pie de allí rosó una cosa de un material parecido al papel.

Recogí en las manos el objeto, era una pequeña bolsa de papel como en las que entregan la comida rápida. Contenía tres monedas de un valor ínfimo y completamente cubiertas por una capa de herrumbre, un mendrugo que tenía un lado mohoso y el otro quemado. Tiré el contenido a la puerta de la casa y la bolsa hacia la calzada, al chocar con el suelo un objeto pequeño salió despedido de la bolsa y se detuvo un metro más lejos.

Apoyé las manos en el suelo y me puse de pie con dificultad, el hombro aún me dolía. Decidí olvidar el trabajo por completo, iría al día siguiente, tal vez de mañana, a explicar mi ausencia. Pero no pude evitar preguntarme quién atendería a las personas que entraran en el local durante mi turno. Le quité importancia con un suspiro y sacudiendo mis pantalones con las manos caminé hasta el objeto.

Era cilíndrico, pequeño y de color negro; similar a una tiza pero no sabía qué era. Me agaché, lo tomé de una punta y por el movimiento al levantarme el objeto rascó el pavimento, una gran cantidad de chispas centelleantes se desprendieron de él iluminando la punta de los zapatos del hombre que estaba delante de mí.

El hombre encapuchado.